

Precios de suscripción

EN SAN SEBASTIAN
3 meses, 6 pesetas; 6 meses, 12; un año, 24
EN PROVINCIAS
3 meses, 9 pesetas; 6 meses, 18; un año, 36
EN EL EXTRANJERO
3 meses, 13 pesetas; 6 meses, 25; un año, 50

La Voz de Guipúzcoa

Claro Republicano

Tarifa de publicidad

En primera plana dos pesetas línea.
En noticias, una peseta línea.
En generales, sesenta céntimos línea.
Planas enteras y medias planas, artículos, comunicados y anuncios oficiales a precios convencionales.

TELEFONO URBANO: 0-24.
TELEFONO INTERURBANO: 9-89.

Redacción, Administración y Talleres: San Marcial, 10

APARTADO DE CORREOS: núm. 44.
DIRECCION TELEGRAFICA: «VOZ».

Municipalidades

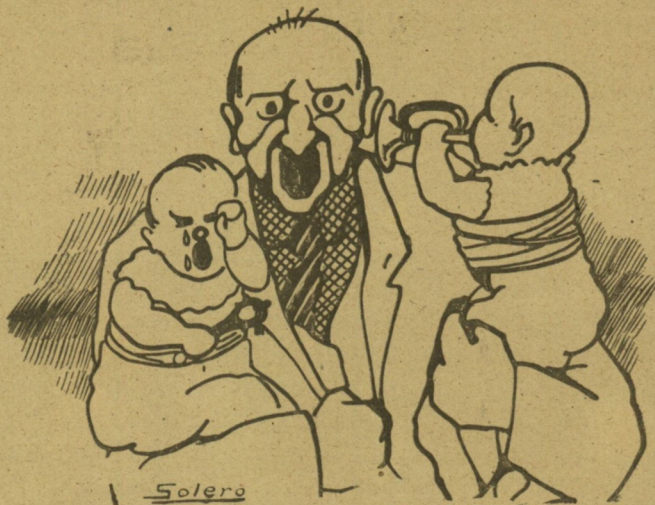
Las últimas sesiones celebradas por nuestro incomparable Ayuntamiento han sido muy pródigas en discursos. Labor práctica no se ha hecho, pero "discursar" una barbaridad. Esa enfermedad, por lo visto es incurable en nuestros ediles. Claro está que de esto no tiene nadie la culpa más que los periódicos, pero ¡qué se le va a hacer; somos tan débiles!... El día que salieran los periódicos diciendo: «el concejal señor Fulanez, nos ruega insistentemente que le publiquemos unas cuartillas conteniendo el discurso que no pronunció ayer en la sesión, sino que lo ha hecho después», se había acabado la oratoria municipal. ¡Y algún día... quién sabe!

Se acordó aprobar el proyecto de reforma del alumbrado público. Más que reforma, parece que se trata de una completa sustitución del alumbrado de gas por el eléctrico. Ya está tomado el acuerdo. Ahora esperemos su cumplimiento, con calma, con mucha calma. Nosotros tenemos el presentimiento de que el inteligente ingeniero municipal señor Prado se va a llevar muchos berrinches. Y pasarán muchos meses, tal vez años y no lucirá el alumbrado. ¡Hay un reglamento de transportes hecho en agosto del año pasado y todavía no se cumple!

Las carnes congeladas reúnen perfectas condiciones de salubridad. Eso dijo el Laboratorio Municipal en un informe y de ello se congratularon mucho los señores concejales. Pero lo que hace falta es que ese informe y lo que respecta a esas carnes decía «Le Matin», sean conocidos del público, para lo cual bien podría gastarse unas pocas pesetillas, de los siete y cuarto millones a que asciende el presupuesto que acaban de confeccionar.

Se abordó el tema de la municipalización de servicios y hubo un concejal, el señor Alvarez, que mirando un poco más alto y un poco más lejos que lo que acostumbra a hacerlo los concejales que todo lo miran a través del prisma de unos pocos ochavos, lo planteó en términos

Un concierto



Un trío en «la mayor»... armonía!!

(Dibujo de SOLERO.)

dignos de un administrador a la moderna. Salieron en seguida los intereses creados y hasta se dijo que en España habían fracasado las industrias municipales. Con Ayuntamientos como uno que nosotros conocemos, sí; fracasaría todo lo que en ese orden se intentase. Pero con Municipios donde hubiese personas inteligentes y capacitadas, no.

La construcción de casas baratas por el Ayuntamiento, puede darse por definitivamente desechada. ¡Qué cosas se oyeron! Hasta hubo un concejal —socialista y todo— que dijo que en ese asunto todo era bambolla, «pues cuando se trae un proyecto, debe venir con todo detalle».

¡Labor negativa, toda la que se quiere! ¿Por qué no presentó un contraproyecto completamente detallado? No tenía más que haber pedido datos al Ayuntamiento de Bilbao, que está construyendo y ha construido barrios enteros de

casas económicas. ¡Pero en Bilbao tienen la suerte de disponer de un Ayuntamiento que no se asusta de acometer problemas grandes!

¿Por qué no se fué a la creación de la tahona municipal cuando la prueba, he-

Carnaval
Confeti-Serpentinas
CARETAS
VENTA POR MAYOR Y MENOR
Lamela Serra-Avenida. 28

cha en malas condiciones, fué un éxito económico? ¡Que pregunten a Tolosa, si les va mal con ella! Pero una tahona, una carnicería y otras cosas necesarias, no harían perder su dinero a "los intereses creados"; lo que sucedería es que «esos» tendrían que conformarse con una ga-

nancia lícita. ¡De lo que allí se dijo, a abominar de los Economatos y Cooperativas de consumo, no hay un pa o.

En fin; ¡qué se va a esperar de un sitio donde hay quien se opone a la rebaja del precio del azúcar porque le perjudica como accionista de la Azucarera!

Pero de todo, lo más grande fué el descubrimiento del desbarajuste que reina en el Municipio y que para nosotros —como lo hemos probado muchas veces— no es ningún secreto.

Hace algún tiempo y a consecuencia de una denuncia por faltas cometidas con un empleado y un concejal se formó expediente a un funcionario. El expediente comenzó a incoarse durante una interinidad alcaldicia del señor Iburri, el cual al entregar la vara al señor Zarragüeta al día siguiente, debió olvidarse de decirle nada sobre tal expediente. Esto de que el interino se olvidase, no tiene nada de particular, pero ¿y los empleados? ¿no vieron los empleados que el alcalde en propiedad no decía nada respecto al expediente y que éste estaba paralizado? ¿No es muy raro todo esto?

Para final hubo una especie de bomba Orsini. Se trató de un ruego que hace meses hizo el concejal señor Sasiain, referente al emplazamiento de la Cofradía de Mareantes y el señor Olasagasti dijo que tenía que hacer manifestaciones de tal gravedad que no podía hacerlas en sesión pública.

¿Qué será? Nosotros ya procuraremos buscar un poco. Nos da en la nariz un tuflillo a política...

El presupuesto del Ayuntamiento de San Sebastián, es de 7.229.502,40 pesetas, con un aumento sobre el del año anterior, de pesetas 4.130.430,33.

El presupuesto general de la provincia es de pesetas 40.212.817,63.

ANUNCIOS PREFERENTES EN ESTA PLANA, UNA DE LAS MAS LEIDAS DE ESTE DIARIO —Y EN LA QUE SE PUBLICAN LAS NOTAS GRAFICAS DE ACTUALIDAD— A PRECIOS CONVENCIONALES, Y DESDE LUEGO MUY BENEFICIOSOS PARA EL ANUNCIANTE.

es más, debo darte las gracias por haberme vuelto a la razón. Hasta la vista.

—No... no tiene usted que dejarme de este modo... sin una palabra de consuelo... Hágame el obsequio de decir a Rafaela que soy inocente y que jamás... jamás, ¿oye? he dejado de amarla, aunque, al parecer, sospecha usted lo contrario.

¡Pablo Valeri no contestó. La herida que el joven le infirió en el alma era demasiado profunda para que el efecto pudiera cesar tan pronto. Devolvió al joven el apretón de manos y salió de la celda silencioso.

Luciano quedó en pie en medio de la habitación, con la mano helada puesta en el corazón.

—Le herí sin querer... ¡qué desgraciado soy!—pensó.—Olvíde que hablaba al padre de Rafaela... ¡pero por qué me había de atormentar de tal manera? ¿Por qué querer indagar un secreto que no puedo revelar sin arrojar el deshonor en una frente pura, en una mujer honrada, que sería el pasto de la pública curiosidad y a quien nadie creería inocente?

Luciano pasó todo el día atribulado, pensando ora en Rafaela, ora en Amalia, recordando todos los sucesos desarrollados y diciendo que era imposible que no se encontrara al verdadero culpable y no quisiera en claro su inocencia, sin decir por eso el secreto que le podía salvar.

Luciano supo aquella misma noche que Juan había sido detenido y, a pesar suyo,

tembló. ¿Era aquel hombre un cómplice del asesino ó un inocente? ¿Habría hecho alguna declaración que pudiera comprometerle ó guardado silencio sobre el misterioso asunto?

Estaba el infeliz en la mayor perplejidad; pero así y todo se echó en la cama y durmió profundamente.

Aunque se tomaron con Luciano las más rigurosas precauciones, sin embargo, se guardaba al prisionero la mayor consideración y sólo se le molestaba en caso necesario.

Era ya de día y Luciano dormía aún cuando el carcelero, sintiendo molestar aquel plácido descanso, le llamó por su nombre para despertarle.

El joven pegó un salto, se volvió precipitadamente, abrió los ojos y dijo:

—¿Qué quieren de mí?

—El señor juez de instrucción le espera en su despacho; sírvase usted vestirse...

—En seguida—dijo Luciano saltando de la cama.

Y se vistió con aparente tranquilidad; se lavó dos veces la cara, se peinó cuidadosamente, se anudó la corbata, tomó el sombrero y seguido de dos agentes vestidos de paisano, que le aguardaban en el pasillo, se dirigió con ellos al gabinete donde le aguardaba el juez.

—A sus órdenes, caballero—dijo Luciano al entrar.

El juez estaba sentado junto a una mesa y a su lado se hallaba el actuario es-

cribiendo en unos autos que tenía delante de sí.

El magistrado hizo una ligera inclinación al entrar Luciano, é indicándole una silla le dijo:

—Puede usted sentarse, señor Santarosa.

—Gracias—contestó éste con aire de perfecto caballero.

La puerta se cerró en el acto.

—¿Me permite usted que le haga algunas preguntas?—dijo conmovido el juez mientras examinaba unos pliegos.

—Estoy a sus órdenes—replicó el acusado.

—Usted se llama Luciano de Santarosa, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Dónde nació usted?

—En Turín.

—Su padre formaba parte de una Sociedad de Carbonarios, y fué condenado a muerte por haberla dado a un hombre...

Luciano palideció.

—Un espía... señor—interrumpió,—mi padre fué una víctima de su amor a la patria; una víctima de la amistad.

El juez instructor no pareció fijarse en la exaltación del joven.

—Su madre de usted ¿quién era?—preguntó de pronto.

Luciano de Santarosa palideció más; pero respondió con osadía:

—No la conocí, señor.

—¿No la conoció usted?

—No, señor; mi vida parece una novela. Hasta la edad de diez y ocho años estuve en el colegio; mi pensión la pagaba puntualmente una mano misteriosa en nombre de mi madre, a quien no conocía. Cuando terminé mis estudios, la misma persona me procuró un cuartito muy elegante y medios para vivir con esplendidez...

—¿Y usted no trató de descifrar ese misterio?

Luciano se inmutó.

—Lo intenté, pero mis pasos fueron completamente inútiles.

—¿Y no podría usted decirme el nombre de la intermediaria?

—Sería inútil, caballero, puesto que la persona a que usted alude... murió ya.

La voz de Luciano se hizo algo trémula y brillaron en sus ojos algunas lágrimas. Medió una pausa de pocos minutos, durante la cual el juez de instrucción pareció ocupado en examinar algunas hojas de los autos, mientras el actuario dejaba correr la pluma.

—Dicen que años atrás frecuentaba usted a una mujer que vivía en el Mercado antiguo, y que gozaba, por cierto, de bien triste reputación—dijo el magistrado fijando la vista en el rostro de Luciano;— ¿cierta María la Roja...

Luciano se conmovió; pero tenía ya tomada su resolución.

—Sí, es cierto—dijo con la mayor imperturbabilidad— y le habrán dicho también el objeto de mis visitas. Aque-